

FRONTISPICIO

Una noche se encontraban reunidos varios amigos en casa de uno de nuestros más famosos escritores. Después de haber cenado copiosamente, estaban discutiendo sobre el asesinato a propósito ya no sé de qué, a propósito de nada, seguramente. Sólo había hombres; moralistas, poetas, filósofos, médicos, todos ellos personas que podían charlar libremente, al dictado de su fantasía, de sus manías, de sus paradojas, sin temor de ver aparecer, de repente, esos aspavientos y esos terrores que la menor idea un poco osada pone en el rostro trastornado de los notarios. Digo notarios como podría decir abogados o porteros, no por desdén, desde luego, sino por precisar un estado medio de la mentalidad francesa.

Con una tranquilidad de ánimo tan perfecta como si se hubiese tratado de expresar una opinión sobre los méritos del puro que se estaba fumando, un miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas dijo:

—Claro que sí... Yo estoy convencido de que el asesinato

es la mayor preocupación humana, y que todos nuestros actos derivan de él.

Todos estaban esperando una larga teoría. El académico se quedó callado.

—¡Evidentemente! —pronunció un sabio darwinista— Y la que usted ha emitido, amigo mío, es una de esas verdades eternas, como las que descubría cada día el legendario señor Pero Grullo... ya que el asesinato es la base misma de nuestras instituciones sociales, y por consiguiente la necesidad más imperiosa de la vida civilizada. Si cesaran los asesinatos, no habría más gobiernos de ninguna clase, por el hecho admirable de que el crimen en general y el asesinato en particular son, no sólo su excusa, sino su única razón de ser. Entonces viviríamos en plena anarquía, cosa que no se puede concebir. Así, lejos de intentar destruir el asesinato, es indispensable cultivarlo con inteligencia y perseverancia. Y no conozco mejor medio de cultivo que las leyes.

Como alguien protestara, el sabio repuso:

—¡Vamos a ver! ¿No estamos entre amigos y podemos hablar sin hipocresía?

—¡Faltaría más! —asintió el dueño de la casa—. Aprovechemos generosamente la única ocasión en la que se nos permite expresar nuestras ideas más íntimas, puesto que yo en mis libros y usted en sus clases no podemos ofrecerle al público más que mentiras.

El sabio se arrellanó más sobre los cojines de su sillón, estiró las piernas que, de haber estado demasiado tiempo cruzadas una sobre otra, se le habían entumecido, y con la cabeza hacia atrás, los brazos colgando, el vientre acariciado por una digestión feliz, lanzó al techo volutas de humo:

—Por lo demás —prosiguió—, el asesinato se cultiva suficientemente por sí mismo. Hablando propiamente, no es el

resultado de tal o cual pasión, ni la forma patológica de la degeneración. Es un instinto vital que está en nosotros, que está en todos los seres organizados y los domina, como el instinto genésico. Ello es tan cierto que, la mayor parte del tiempo, esos dos instintos se combinan tan bien el uno con el otro, se confunden tan totalmente uno en el otro, que en cierto modo no forman más que un solo y único instinto, y no se sabe cuál de los dos nos impulsa a dar la vida y cuál a tomarla, cuál es el asesinato y cuál es el amor. He recibido las confidencias de un honorable asesino que mataba a las mujeres no para robarlas sino para violarlas. Su deporte consistía en que el espasmo de placer del uno concordara exactamente con el espasmo de muerte de la otra: «!En aquellos momentos, me decía, yo me figuraba que era un Dios creando el mundo!»

—¡Claro —exclamó el famoso escritor—, si va a buscar ejemplos entre los profesionales del crimen!

El sabio, lentamente, replicó:

—Es que todos somos, más o menos, unos asesinos. Todos hemos experimentado cerebralmente, a un grado menor, quiero creer, unas sensaciones análogas. La necesidad innata de asesinar, la refrenamos, atenuamos su violencia física, dándole exutorios legales: la industria, el comercio colonial, la guerra, la caza, el antisemitismo, porque es peligroso entregarse a ella sin moderación, al margen de las leyes, y porque las satisfacciones morales que se obtienen no merecen, después de todo, que nos exponamos a las consecuencias habituales de este acto, el encarcelamiento, las entrevistas con los jueces, siempre fatigosas y sin interés científico... y por fin la guillotina.

—Usted exagera —interrumpió el primer interlocutor—. Sólo para los asesinos sin elegancia, sin estilo, los brutos impulsivos y desprovistos de toda especie de psicología, sólo para ellos es peligroso ejercer el asesinato. Un hombre inteligente

y razonador puede, con imperturbable serenidad, cometer todos los asesinatos que quiera. Tiene asegurada la impunidad. La superioridad de sus artimañas siempre prevalecerá contra la rutina de las investigaciones policiales y, añadamos, contra la pobreza de las pesquisas criminalistas que tanto gustan a los jueces instructores. En este terreno, como en todos los demás, los pequeños pagan por los grandes. Veamos, amigo mío, admitirá usted que el número de crímenes ignorados...

—Y tolerados...

—Y tolerados... es lo que iba a decir... admitirá usted sin duda que ese número es mil veces mayor al de los crímenes descubiertos y castigados, sobre los que los periódicos discursen con tan extraña prolijidad y una falta de filosofía tan repugnante. Si usted admite eso, reconozca también que el gendarme no es un espantajo para los intelectuales del asesinato.

—Sin duda. Pero no se trata de eso. Usted desplaza la cuestión. Yo decía que el asesinato es una función normal —y para nada excepcional— de la naturaleza y de todo ser viviente. Ahora bien, es exorbitante que, so pretexto de gobernar a los hombres, las sociedades se hayan arrogado el derecho exclusivo de matarlos, en detrimento de las individualidades en las cuales reside únicamente el mencionado derecho.

—¡Muy justo! —corroboró un filósofo amable y locuaz cuyas clases en la Sorbona atraen cada semana a un público escogido—. Nuestro amigo tiene toda la razón. Por mi parte, yo no creo que exista una criatura humana que no sea —al menos virtualmente— un asesino. Mire usted, yo, a veces, me divierto en los salones, en las iglesias, en las estaciones, en las terrazas de los cafés, en el teatro, en cualquier lugar donde las multitudes pasen y circulen, me divierto observando las fisonomías desde un punto de vista estrictamente homicida.

En la mirada, la nuca, la forma del cráneo, los maxilares, la protuberancia de las mejillas, todo el mundo, en algún lugar de su persona, lleva visibles los estigmas de esa fatalidad fisiológica que es el asesinato... No se trata de ninguna aberración de mi mente, pero no puedo dar un paso sin codearme con el homicidio, sin verlo arder bajo los párpados, sin sentir su misterioso contacto en las manos que se tienden hacia mí... El domingo pasado estuve en un pueblo que celebraba sus fiestas patronales. En la plaza mayor, decorada con hojas, arcos floridos, mástiles empavesados, se reunían las diversiones de todas clases habituales en estos festejos populares. Y, bajo la mirada paternal de las autoridades, una multitud de buenas gentes se estaba divirtiendo. El tiiovivo, las montañas rusas, los columpios atraían a muy poca gente. De nada servía que los organillos repitieran sus melodías más alegres y sus cantinelas más seductoras. Otros eran los placeres que convocaban a aquella multitud en fiestas. Unos tiraban con carabina, otros con pistola, o con la venerable ballesta, apuntando a unas dianas que representaban rostros humanos; otros destrozaban a pelotazos unas marionetas alineadas penosamente en unas barras de madera; estos golpeaban con una maza un resorte que hacía mover patrióticamente a un marinero francés que iba a atravesar con su bayoneta, al extremo de una plancha, a un pobre hova o a un ridículo negro de Dahomey... En todas partes, bajo las lonas en las pequeñas tiendas iluminadas, se exhibían simulacros de muerte, parodias de masacre, representaciones de hecatombes. ¡Y aquella buena gente era feliz!

Todos comprendimos que el filósofo estaba lanzado. Nos instalamos lo mejor posible para sufrir el alud de sus teorías y anécdotas. Prosiguió:

—Incluso me fijé en que estas diversiones pacíficas desde hace unos años están adquiriendo una extensión considerable.

La alegría de matar se ha hecho mayor y se ha vulgarizado más a medida que las costumbres se han ido suavizando —pues las costumbres se suavizan, no lo duden ustedes. Antiguamente, cuando todavía éramos unos salvajes, los tiros de feria eran de una pobreza monótona que daba pena. Sólo se disparaba contra pipas y cáscaras de huevo que bailaban en el extremo de unos chorros de agua. En los puestos más lujosos, había pájaros, sí, pero eran de yeso. ¿Qué placer puede procurar eso, díganme? Actualmente, cuando ya nos ha llegado el progreso, cualquier hombre honrado tiene derecho a procurarse por dos perras la emoción delicada y civilizadora del asesinato. Y encima todavía gana platos de colores y conejos. Las pipas, las cáscaras de huevo, los pájaros de yeso que se rompían tontamente, sin sugerirnos nada sangriento, la imaginación ferial los ha substituido por figuras de hombres, mujeres y niños, cuidadosamente articulados y vestidos, como es debido. Después, se ha conseguido que estas figuras gesticulen y anden. Gracias a un ingenioso mecanismo, los muñecos se pasean felices o huyen despavoridos. Se los ve aparecer, solos o en grupos, en paisajes de decorado, trepar por paredes, entrar en fortalezas, descolgarse de ventanas, surgir de trampas. Funcionan como personas reales, tienen movimientos de brazos, de piernas, de cabeza. Algunos parecen llorar, los hay que parecen pobres, los hay que parecen enfermos, los hay que van vestidos de oro como princesas de leyenda. Realmente, podemos imaginar que tienen inteligencia, voluntad, que tienen alma... ¡que están vivos! Incluso algunos adoptan posturas patéticas, suplicantes. Nos parece oírlos diciendo: «¡Piedad! ¡No me mates! ¡Y así tenemos la sensación exquisita de que vamos a matar unas cosas que se mueven, que andan, que sufren, que imploran! Al dirigir contra ellos la carabina o la pistola, nos viene a la boca como un sabor de sangre caliente. ¡Qué alegría, cuando

la bola decapita a esos simulacros de hombre! ¡Qué estremecimiento cuando la flecha destroza los pechos de cartón y tira al suelo los pequeños cuerpos inanimados, en posturas de cadáver! El público se excita, se encarniza, sólo se oyen palabras de destrucción y muerte. «¡Que reviente! ¡Apunta al ojo! ¡Apunta al corazón! ¡Dale su merecido!» Aquella buena gente, indiferente ante los cartones y las pipas, se exalta si la diana representada es una figura humana. Los torpes se irritan, no contra su torpeza, sino contra la marioneta que no han acertado. La tratan de cobarde, la cubren de insultos inmundos cuando desaparece intacta detrás de la puerta del castillo. La insultan: «¡Ven aquí, miserable!» Y vuelven a disparar contra ella hasta que la han matado. Examinad a esa buena gente. En aquel momento, son realmente unos asesinos, unos seres movidos tan sólo por el deseo de matar. La bestia homicida que hasta poco dormitaba en ellos se ha despertado al percibir la posibilidad de matar algo que estaba vivo. Pues para ellos, el muñeco de cartón, de trapo o de madera que pasa una y otra vez por el decorado, ya no es un juguete, un pedazo de materia inerte. Al verlo pasar una y otra vez, inconscientemente le prestan un calor en la circulación, una sensibilidad en los nervios, un pensamiento, y es dulce aniquilar todo aquello, es ferozmente delicioso ver cómo se derrama por las heridas que ellos han infligido. Incluso llegarán a gratificar al muñeco con opiniones políticas o religiosas contrarias a las propias, lo acusarán de ser judío, inglés o alemán, a fin de añadir un odio particular a aquel odio general hacia la vida, y así sumar una venganza personal, íntimamente saboreada, al placer instintivo de matar.

Aquí intervino el amo de la casa, que por cortesía hacia sus invitados y con la caritativa intención de dar un respiro a nuestro filósofo y a nosotros mismos, objetó blandamente:

—Usted sólo habla de brutos, de campesinos, y ellos, no se lo negaré, están en permanente estado de asesinato. Pero no es posible que aplique las mismas observaciones a los «espíritus cultivados», a las «naturalezas civilizadas», a las personas de la buena sociedad, por ejemplo, personas para quienes cada hora de su existencia es una victoria sobre el instinto original y sobre las persistencias salvajes del atavismo.

A lo cual, nuestro filósofo replicó vivamente:

—Permítame... ¿Cuáles son las costumbres, los placeres favoritos de eso que usted, querido amigo, llama «espíritus cultivados y naturalezas civilizadas»? La esgrima, los duelos, los deportes violentos, el abominable tiro al pichón, las corridas de toros, los variados ejercicios de patriotismo, la caza... todo lo cual no son en realidad más que regresiones a la época de las antiguas barbaries en las que el hombre —si puede llamarse así— era, en cultura moral, semejante a las grandes fieras que perseguía. Por otra parte, no hay que quejarse de que la caza haya sobrevivido a todo el aparato mal transformado de esas costumbres ancestrales. Es un derivativo poderoso mediante el que «los espíritus cultivados y las naturalezas civilizadas» dan suelta, sin demasiado perjuicio para nosotros, a los restos de energías destructivas y pasiones sangrientas que hay en ellos. Sin eso, en vez de correr el ciervo, cazar el jabalí, masacrar a inocentes seres alados en los campos de alfalfa, pueden estar seguros de que los «espíritus cultivados» azuzarían sus jaurías contra nosotros, y las «naturalezas civilizadas» nos abatirían alegremente a tiros, cosa que no dejan de hacer cuando pueden, de una manera o de otra, con más decisión y —reconozcámoslo sinceramente— con menos hipocresía que los paletos. ¡Ah, ojalá no falte nunca la caza en nuestras llanuras y bosques! ¡Es nuestra salvaguarda y, en cierto modo, el precio de nuestra seguridad! Si algún día desapareciera de

repente, no tardaríamos en sustituirla nosotros, para el delicado placer de los «espíritus cultivados». El *affaire Dreyfuss* nos da de ello un ejemplo admirable, y creo que la pasión por el asesinato y la alegría de la caza del hombre jamás se habían exhibido de manera tan completa y cínica. Entre los incidentes extraordinarios y los monstruosos hechos a los que dio lugar diariamente durante un año el *affaire*, la persecución por las calles de Nantes de monsieur Grimaux es el más característico, y su protagonismo corresponde a «los espíritus cultivados y las naturalezas civilizadas» que cubrieron de insultos y de amenazas de muerte a ese gran sabio a quien debemos los más bellos trabajos sobre química. Y siempre deberemos recordar que el alcalde de Clisson, «espíritu cultivado», en una carta que se hizo pública, negó la entrada en su ciudad a monsieur Grimaux, y lamentó que las leyes modernas no le permitieran «ahorcarlo bien alto y bien corto» tal como se hacía con los sabios en los bellos tiempos de las antiguas monarquías. Por todo ello, este excelente alcalde fue muy aplaudido por todas «las personas de la buena sociedad» de Francia, tan exquisitas, esas que, según nuestro anfitrión, obtienen cada día clamorosas victorias sobre el instinto original y las persistencias salvajes del atavismo. Fijémonos, por otra parte, en que los oficiales se reclutan casi exclusivamente entre los espíritus cultivados y las naturalezas civilizadas; los oficiales, es decir los hombres que, ni mejores ni peores, ni más ni menos tontos que los demás, escogen libremente un oficio —por lo demás muy honorable— en el que todo el esfuerzo intelectual consiste en efectuar sobre la persona humana las violaciones más diversas, en desarrollar, multiplicar los más completos, los más amplios, los más seguros sistemas de pillaje, destrucción y muerte. ¿Acaso no existen navíos de guerra a los que se han dado nombres perfectamente leales y verídicos como

Devastación, Furor, Terror? ¿Y yo mismo? Miren ustedes, yo tengo la certeza de que no soy un monstruo; me considero una persona normal, con mis sentimientos de cariño, mis sentimientos elevados, una cultura superior, refinamientos de civilización y de sociabilidad. Pues bien, ¡cuántas veces he sentido gruñir en mí la voz imperiosa del asesinato! ¡Cuántas veces he sentido cómo subía desde el fondo de mi ser hasta mi cerebro, en un flujo de sangre, el deseo, el áspero, violento y casi invencible deseo de matar! No vayan a creer que ese deseo se haya manifestado en una crisis pasional, acompañado por una cólera súbita e irreflexiva, o combinado con un vil interés económico. En absoluto. Este deseo nace en mí súbitamente, poderoso, injustificado, por nada y a propósito de nada, en la calle, por ejemplo, al ver la espalda de un desconocido... Sí, a veces, por la calle, ves espaldas que reclaman el cuchillo. ¿Por qué?

Después de esta confidencia inesperada, el filósofo se quedó en silencio un instante, nos miró con aire temeroso, y prosiguió:

—No, miren ustedes, por más vueltas que le den los moralistas, la necesidad de matar nace en el hombre con la necesidad de comer, y se confunde con ella. Esta necesidad instintiva, que es el motor de todos los organismos vivos, la educación la desarrolla en vez de refrenarla, las religiones la santifican en vez de maldecirla, todo se alía para convertirla en el eje sobre el que gira nuestra admirable sociedad. En cuanto el hombre despierta a la conciencia, se le insufla el espíritu del asesinato en el cerebro. El asesinato, elevado a deber, popularizado hasta el heroísmo, lo acompañará en todas las etapas de su existencia. Le harán adorar a dioses barrocos, a dioses locos de atar que sólo se complacen en los cataclismos, maníacos de ferocidad que se atracan de vidas

humanas, siegan pueblos como si fueran campos de trigo. Sólo le harán respetar a los héroes, esos brutos repugnantes, cargados de crímenes y rojos de sangre humana. Las virtudes mediante las cuales se elevará por encima de los demás y que le valdrán gloria, fortuna y amor, se apoyarán únicamente en el asesinato. Encontrará en la guerra la suprema síntesis de la eterna y universal locura del asesinato, del asesinato regularizado, administrado, obligatorio y convertido en función nacional. Vaya a donde vaya, haga lo que haga, siempre verá esta palabra: «asesinato» inmortalmente inscrita en el frontón de este enorme matadero que es la Humanidad. Entonces, este hombre, a quien se inculca desde la infancia el desprecio hacia la vida humana, que se destina al asesinato legal, ¿por qué iba a retroceder ante el asesinato, cuando halla en él un interés o una distracción? ¿En nombre de qué derecho la sociedad va a condenar a unos asesinos que en realidad no han hecho más que adaptarse a las leyes homicidas que ella dicta, y seguir los ejemplos sangrientos que ella les da? «¿Cómo? —podrían decir los asesinos—, un día nos obligáis a liquidar a un montón de gente contra la que no sentimos ningún odio, gente que ni siquiera conocemos, y cuantos más liquidamos, más recompensas y honores recibimos. Y otro día, confiando en vuestra lógica, suprimimos a unas personas porque nos molestan y las odiamos, porque deseamos su dinero, su mujer, su empleo o simplemente porque nos procura alegría suprimirlas: razones todas ellas precisas, plausibles y humanas. ¡Y el resultado es la policía, el juez, el verdugo! Esto es una injusticia indignante, que no tiene el menor sentido común!» ¿Qué podría responder a eso la sociedad, si tuviera el menor deseo de actuar con lógica?

Entonces, un joven que todavía no había pronunciado ni una palabra, dijo: